

## P. José Martínez de la Escalera Rodríguez, S.J.

Santiago de Compostela 03/11/1921 – Salamanca 19/05/2020



«...un reconocimiento muy especial merece el Profesor José Martínez de la Escalera, custodio del archivo inédito de los PP. Uriarte y Lecina, quien con toda generosidad me fue entregando las copias que elaboraron ambos bibliófilos para redactar su obra inconclusa *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España, desde sus orígenes hasta el año 1773*»

Palabras del prólogo del libro *Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos*, (Bogotá 2006, p. 9) del P. José del Rey Fajardo S.J.

En los catálogos de la provincia, incluido el último, el P. Escalera aparece encargado de esta tarea: «*Prepara la continuación de la Biblioteca de Escritores de la antigua asistencia de España*», obra que dejaron incompleta, primero el P. Uriarte (publicó 5 volúmenes. Madrid 1842-1919) y luego el P. Lecina (2 volúmenes publicados. Madrid 1925-1930)

Es decir que el P. Escalera entregó al P. José del Rey para que su publicación, parte de las fuentes inéditas de la obra que él mismo estaba preparando. La generosidad era un rasgo de su carácter.

Conviví con él 26 años en La Residencia de Profesores de la Universidad Comillas. Si llegaba a sus oídos el interés de alguien por cualquier tema, no era raro que, al poco tiempo, este encontrara en el buzón de su cuarto un macito de papeletas con bibliografía e información pertinente. Recibí muchos. Uno o varios por cada curso que programaba. Cuando se lo agradecía, respondía con un pequeño ruido gutural—¡Hum!— y se marchaba; era extrañamente silencioso. Quitando las respuestas a los saludos —¡Hum!— creo que conmigo habló una vez. Estaba él escribiendo entonces el artículo «*Cervantes y los Jesuitas*» (Anales Cervantinos, vol.35, 1999) Me paró en el pasillo y me dijo:

–¿Tú crees que el elogio que hace Cervantes a los jesuitas en el “Coloquio de los perros” es sincero y no irónico?

–Me parece sincero.

–¡Hum!

Ignoro el motivo de aquel silencio. Lo comentábamos entre nosotros; nadie dio nunca razón. Timidez no era, porque cuando se presentaba la ocasión (o la necesidad) de hablar, por ejemplo, con desconocidos o visitas, su charla era encantadora.

Me cuentan que antes no era así y que sus clases eran amenísimas. Las últimas fueron sus cursillos a los tercerones sobre la extinción de la Compañía. Poco a poco fue madurando una interpretación propia de aquel episodio, que incluía la idea de que la extinción fue un bien providencial: protegió a la Compañía de una deriva hacia algo parecido a una secta, autosuficiente, formalista; la purificó para la restauración. El P. Instructor de entonces, dejó de invitarle... Lo substituyó por El. P. Revuelta, de quien tengo esta noticia.

Aparte de la validez de su opinión, este ingrediente de independencia de juicio y de discrepancia, de libertad, era fundamental en su carácter; es raro un escrito suyo en que no se manifieste. No mencionarlo hubiera sido dejar su figura falta de un matiz, seguramente poco conocido, pero fundamental.

Sobre su *instalación* en el silencio, yo creo adivinar en él una especie de pereza ante el desagrado de tener que puntualizarle las deficiencias de información al interlocutor. Creo que, por educación, evitaba el peligro de ser el *Contreras* que dialoga corrigiendo. De información él estaba sobrecargado y no cesaba de buscar más; tenía un aire como de sabueso. Perfeccionismo se llama este dolor.

Al perfeccionismo se debe que sus escritos fueran artículos cortos, y capítulos en libros colectivos, ediciones críticas ricas y abrumadas de notas. Todo da la impresión de acabado, perfecto, inteligente, elegante. Leerle es un placer.

Siento no disponer de medios para incluir aquí una lista de estos escritos. Son muchos. Darían idea de la fecundidad de su trabajo. Era colaborador asiduo de la revista *Arquivum Historicum S.J.* y autor de numerosas entradas del gran diccionario Histórico de la Compañía de Jesús.

No quiero dejar de mencionar una de sus obras mejores: *José Francisco de Isla, Crisis de los predicadores y de los sermones y otros escritos: Epistolario (1747-1777); introducción y notas de José Martínez de la Escalera*. Y es que aquí, además de la erudición pasmosa, aparece otro ingrediente de su talante: el sentido del humor. Ya avisaba de ello su frecuente media sonrisa ante las situaciones graciosas. El P. Escalera era gallego. Cuando salía de su silencio, el acento se le notaba, sobre todo al hacer preguntas; no digamos, al responder...preguntando.

Para mí, lo más inesperado y grato era la forma de su piedad: cálida, de niño, de congregante Kostka, bien avenida con la inclinación crítica de su teología. Por los descampados que rodean la Universidad, y en la terraza de Salamanca, sonaban sus cantos piadosos y antiguos, sobre todos, el Tedeum y el rosario gritado, con desentonaciones emotivas, en latín.

–¡Ave María... graaatia plena!  
Estremecía un poco.

La misa la celebraba sólo, en voz muy alta, emocionada, con largos énfasis en las palabras más sagradas. Se oía a través de la puerta. Yo percibía esto como una recuperación de su verdad probablemente perdida o desvirtuada en la opacidad de sus silencios. Cuando le oía rezar lo sentía verdadero, liberado; no lo sé.

Fue destinado a la enseñanza de la teología, en la que cursó además de los cuatro años de licenciatura en Comillas (Cantabria) dos para el doctorado en Roma y tres, también para lo mismo en Mainz (Alemania), sin embargo, lo que le marca intelectual y profesionalmente fueron sus cuatro años de licenciatura en Historia en la Universidad de Valladolid. La Historia, más que la Teología, era su vocación profunda, quizá porque, en teoría, los datos son redondos y agotables, al contrario de las noticias necesitadas de una hermenéutica que acaba en un campo siempre abierto, porque sus contenidos –la información que ofrecen– desbordan siempre el significado de su propio lenguaje. Los valores se evaden siempre en un punto de la gramática. En todo caso la opción por un modo u otro de acercarse a las cosas es legítima, y probablemente determinada por el carácter de la persona. El P. Escalera era hombre de datos, de la verdad propia de los datos, segura, formulable en su totalidad.

En Comillas (Cantabria) y luego en Madrid explicó Historia de la Iglesia. Luego de su jubilación en 1995, pasó cinco años en la Casa de Escritores de Roma colaborando en la composición del Diccionario de Historia de la Compañía. En 2016 llega a Salamanca y hasta hace unos días siguió trabajado en la continuación de la *Biblioteca de escritores de la antigua asistencia de España*. Era el más anciano de la comunidad, cercano ya a los 99 años.

La imagen que me queda de él es la de un religioso serio, austerísimo, maduro, generoso de su tiempo y de su saber, ya que no de sus palabras, un caballero en la conducta y en el porte, un hombre silencioso que, con al Señor y a la Santísima Virgen hablaba cantando.

Antonio Pérez, S.J.  
Salamanca 21/05/2020

